

El orgullo de la mola y sus riesgos

MIGUEL ESCUDERO*

Ingeniero y doctor en psicología experimental, el escritor austríaco Robert Musil (1880-1942) anota en su monumental libro *El hombre sin atributos* que cuanto mejor es el cerebro, tanta menos reflexión necesita. Pero cabe indicar que quien de veras necesita reflexión es el ser humano, el uso de la razón es nuestro principal atributo para llevar una vida humana. Se piensa con la vida, no con el cerebro. El cerebro requiere riego de sangre, y la denominada inteligencia artificial es vigorosa según la red de algoritmos que la constituya. El ordenador no reflexiona, aplica

de modo mecánico la lógica registrada en él. Quien sabe, concentra conocimiento, método y experiencia en una visión, de la cual luego puede responder. En esa misma obra, Musil anota que “los hombres aman porque tienen el amor delante, y lo aceptan tal como se brinda; son orgullosos como los indios, como los españoles, como las vírgenes o como el león: asesinan en un noventa por ciento, porque el matar es considerado trágico y grandioso” (es inevitable sentir estupor ante esta distinción que margina a los indios y los españoles de los hombres, o también a las vírgenes, hombres, al fin y al cabo, de sexo

femenino; dejemos ahora aparte lo que entiende Musil por orgullo). No obstante este considerar trágico y grandioso, el matar parece hoy adecuado para el caso específico del terrorista que no sólo ama la muerte ajena sino la suya propia y se inmola en el que ha decidido ser su último acto humano.

Dominique Schnapper, miembro del Tribunal Constitucional francés y antigua presidenta de la Sociedad Francesa de Sociología, mantiene que en la democracia ya no existe el sacrificio supremo; se entiende que éste es el de la propia vida, entregada de una sola vez. Los hombres y los pueblos que viven con espíritu liberal y democrático están ciertamente en minoría en el Globo terráqueo, y esto entraña concretos riesgos para todos.

Liberal, ha definido Marías, es el que no está seguro de lo que no puede estarlo. Es por tanto el que sabe dudar, es decir, quien desea acertar y se esfuerza generosamente por entender algo que le importa. Por eso puede tener conocimiento para dejar de persistir y dejar estar una trayectoria. Una tarea pues interminable —siempre hay dudas listas para asaltarnos en cualquier esquina— y una misión que nos exige tener paciencia. ¿Pero qué es la paciencia en la vida? Un ingrediente capital en la espera que toda vida humana comporta y que puede rebozarse tanto con nobleza como con ruindad.

Por su parte, los fanáticos o los exaltados simulan no tener dudas, porque en lugar de cobijarlas las expulsan de su seno para dar una imagen diáfana de seguridad y fortaleza. Poseedores de endebles y vociferantes explicaciones, están empapados de certezas porque niegan el mar de dudas que rodea el Valle de lágrimas. Los problemas los plantean a los demás cuando se organizan y orquestan para imponer sus postulados y aprovechan el terreno trabajado para su labor,

destructora de sensatez y cordura. El peligro intenso de esta carne de cañón reside, sin embargo, en sus directores a distancia, tipos fríos, manipuladores y sin contemplaciones.

La brutalidad de los ataques terroristas en Nueva York el 11 de septiembre (una jornada que provocará en una zona mediterránea el desplazamiento de su fiesta nacional, una antigua derrota; otro efecto

de la globalización) ha abierto los ojos a quienes se resistían a considerar ese enorme potencial de hacer daño indiscriminado. La magnitud del golpe ha puesto sobre las mesas de todo el mundo la realidad del gran problema del terrorismo organizado. Hace años que Julián Marías viene señalando la capital importancia de éste y otros dos problemas: la difusión universal de las drogas y la aceptación social del aborto, visto como un derecho y como prenda de progreso. La carencia total de escrúpulos hace que todos vivamos con un riesgo mayor de ser víctimas de la vileza y la maldad. Se ha comparado a estos asesinos suicidas con los kamikazes japoneses, pero estos agentes de tifones y vientos divinos actuaban contra soldados en plena guerra y en general sus objetivos fueron barcos; si no ando equivocado, en la Segunda Guerra Mundial murieron algo más de dos mil kamikazes, menos de la mitad de los voluntarios inscritos, movidos en su mayoría más por el sentido del deber y el amor hacia su emperador, su patria y sus camaradas que no por el odio al enemigo y la búsqueda de su exterminio; en Okinawa ocasionaron entre las tropas norteamericanas varios miles de muertos. Estados Unidos tardó unos cuantos años en devolver esa isla al Japón, pero hoy todavía mantienen en ella una base militar nuclear.

¿Cómo afrontar este riesgo de brutalidad en el que, queramos o no, estamos envueltos? Siempre yendo a sus focos para sofocarlos. En la Edad Media riesgo era sinónimo de

lucha y contradicción. Se emparenta su etimología con riesco (peligro que corre el que transita por ciertos lugares o el navegante que se acerca a un escollo) o risco (peñasco escarpado), siempre bajo la idea de cortar: “La noche es riesgo del día”, leo que escribió Rojas Zorrilla. Pero también el riesgo divide y produce discordia. Ante el riesgo hay quienes se arriesgan, atrevidos o valientes ante posibles rasguños, desgarrones o roturas; quienes se rascan o afeitan, restriegan o raspan, acaso rasgúen una guitarra con o sin rascacielos al fondo.

El riesgo de nombrar a Dios en vano nos lleva a las conversiones de coordenadas y al concepto de ecuación. Ésta es una igualdad matemática pero también es, en el caso de la ecuación del tiempo, la diferencia entre la situación o movimiento verdadero de un astro y el medio. La ciencia no se forma de espaldas a las irregularidades pero pretende uniformar lo más posible las medidas. En astronomía, por ejemplo, se distingue entre el día solar verdadero y el día solar medio. La razón es que no hay que obcecarse frente a la apariencia. Así con los relojes de sol, hay que estar siempre a punto para corregir. La rotación terrestre ofrece irregularidades, hay fluctuaciones (desplazamientos de masas en el interior de la Tierra hacen que ésta rote unas veces más deprisa y otras más despacio) y hay oscilaciones tanto anuales como seculares. Nuestras observaciones no pueden ser siempre uniformes, de ahí que para evitar el riesgo de un estado de error se haya introducido también el tiempo de efemérides. Coexisten diversos calendarios, porque no todos vamos al mismo paso.

Los españoles somos dados a poner chistes junto a las desgracias, es un modo de ahuyentarlas y de poner tierra por medio. De un tiempo a esta parte se ha extendido entre nosotros el uso de la expresión “esto mola

mucho”, con la que se quiere dar a entender el fuerte atractivo de algo.

La mayor parte de la gente ignora que la mola era una clase de harina que en una época remota se empleaba para distinguir las cabezas de las reses que habían de ofrendarse a los dioses, y con las que se hacía, por tanto, un acto sagrado. De ahí se deduce el significado etimológico de inmolación y de héroes inmolados. Yo no sé a qué clase de dios podían satisfacer esos sacrificios, menos aún a qué Dios personal puede agradarle que le brinden hoy el riego de sangre humana estallando sus cuerpos y sus vidas. Sin embargo los asesinos de esa especie disfrazan su maldad y su locura tiñéndose con el orgullo de la mola. En el Korán se dice ciertamente que “y el ladrón y la ladrona, cortadles las manos a los dos” (en la aleya 42 de la azora V: La mesa, Al-Maida), pero también “y no mates a tus hijos por temor a la miseria; nosotros los sustentaremos a ellos y a vosotros; ciertamente su sacrificio es un pecado grande” (azora XVII: El viaje nocturno, Al-Asra, aleya 33). Cuando se empuja a alguien a que crea se le dice a menudo que es mejor para él, Pascal invitaba a apostar sin vacilaciones a favor de la existencia de Dios porque no se pierde nada. La fe, después de todo, es un don de Dios. Pero a mí, en cambio, siempre me ha impresionado, desde que era pequeño, el sublime desinterés y la hondura amorosa de un soneto fechado en uno de nuestros siglos de oro. Carece de cálculo pero su vaciado de orgullo y odio da sentido a una vida con nieblas, a condición de detenerse a contemplar con piedad y pureza el horror y el dolor humano. Se titula A Cristo crucificado y creo que es anónimo, dice así:

“No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por esto de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte

clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muévenme, en fin, tu amor, y en tal
manera,]
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera;
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera”.